

Colombia: hacia la disolución del Estado-nación

Para nadie es un secreto que el país se encuentra en una de las coyunturas más críticas de su historia. Las esperanzas que muchos han puesto en los cambios institucionales que se han venido sucediendo comienzan a diluirse o, por lo menos las expectativas se dan dentro de un cúmulo de interrogantes que comienzan a provocar escepticismo, al ver que los cambios no han sido ni prometen ser lo que se esperaba, y que la situación se deteriora afectando a la mayoría de los sectores sociales.

Parecería que, antes que estar fortaleciendo los lazos de solidaridad que debieran unirnos y en los cuales el Estado debe cumplir un papel fundamental, estamos asistiendo a una parcelación muy peligrosa del mismo, que nos puede llevar al quiebre de la autoridad central unificadora y a la desaparición de la identidad nacional que hemos logrado, por mínima que sea.

El análisis se puede hacer en dos planos: externo e interno.

En el plano externo, asistimos al desarrollo del proyecto de apertura económica que nos llevará a una competencia abierta con los bloques regionales y con las potencias económicas mundiales que, como los Estados Unidos de Norteamérica, presionan para establecer una zona de libre comercio, desde Alaska hasta la Patagonia.

¿Cómo funcionaríamos dentro de ese mercado?
¿Podríamos competir con éxito? Nosotros no somos tan optimistas, y hay razones históricas y tecnológicas para sostenernos en esta posición.

Las grandes potencias económicas siempre han sido aperturistas en los campos en los cuales salen favorecidas. Son proteccionistas en los campos en los cuales la apertura no los beneficia; entonces, buscan la manera de impedir el ingreso de nuestras exportaciones a sus mercados, o de buscar mecanismos para bajar los precios de nuestros productos. Como ejemplos tenemos la ruptura del Pacto Internacional del Café, el bloqueo a nuestras flores en los mercados norteamericanos y, últimamente, el bloqueo a nuestros textiles.

Para entrar en la apertura económica, se ha argüido que el llamado proceso de “sustitución de importaciones”, que viene de la crisis de 1929-1930, nos tiene en el subdesarrollo, ya que dicho proceso hizo posible el surgimiento de una industria que, al estar protegida por altos aranceles aduaneros, se preocupó solamente por lograr altas tasas de lucro, elaborando productos de mala calidad a precios elevados, pero sin preocuparse por modernizar su tecnología y, por lo tanto, su productividad.

Sin embargo, se olvida que la mayoría de los países latinoamericanos no desarrollaron ese proceso sustitutivo, y que países como Venezuela, desarrollaron una economía abierta al capital extranjero, sin que por ello, ni Venezuela ni los otros países, estén mejor que nosotros.

Es necesario recordar, también, que países como Brasil y Chile, han desarrollado aperturas económicas, con resultados que están a la vista y que son muy cuestionables si los analizamos mirando los intereses no “del país”, sino de la totalidad de su población.

En el caso brasileño, con el golpe militar de 1964, se congelaron los salarios, se dejó libertad de precios y se abrieron las puertas al capital extranjero. Hubo un alto índice de crecimiento económico (no de desarrollo) y se llegó a hablar del “milagro brasileño”. Se decía, entonces, que primero había que crear la riqueza para luego redistribuirla.

Los resultados no han podido ser más nefastos: no hubo redistribución de la riqueza; ésta se concentró en pocos conglomerados económicos y hoy la mayoría de sus habitantes están en condiciones de pobreza y de miseria. Y en cuanto a su economía, ésta se halla golpeada de tal modo que el peso de su gigantesca deuda externa y el infraconsumo doméstico, han dejado a Brasil en tal situación que, Luis Jorge Garay, una de las autoridades más importantes en la materia, considera que ese país, no está en capacidad de entrar en una integración de mercados, mientras no sanee su economía¹.

Por otro lado, frente a la ausencia de mercados externo e interno, el Brasil convirtió buena parte de su sector productivo en industria de armamentos (imitando así a las

¹ GARAY, Luis Jorge, “G-3, reconversión a la fuerza”, entrevista en *El Espectador*, 11 de nov. de 1991.

grandes potencias mundiales, cuya economía vive en buena medida de la guerra) y colocando sus productos en zonas de guerra ubicadas en América Latina, África y el Medio Oriente.

Y en cuanto a Chile, el modelo que se nos presenta para imitar hoy desdice mucho de la realidad. El *crecimiento* económico logrado durante el gobierno del general Pinochet, con apertura económica e internacionalización de la economía, ha tenido unos costos sociales que no aparecen en las primeras páginas de los periódicos, pero que Eduardo Galeano sintetiza muy bien cuando dice: “En 1970, había un 20% de chilenos pobres, ahora hay un 45%”². Tiene, además, una deuda externa *per cápita* que es más del doble que la de Colombia.

Eso, sin contar, lo mismo que en Brasil, con los desastres ecológicos producidos, en buena medida, por la industrialización, que hace que Santiago sea hoy una ciudad irrespirable y que hayan contaminado extensas zonas de gran valor natural como los hermosos lagos del Sur y el legendario río Bío-Bío.

² GALEANO, Eduardo, *Ser como ellos*, en *El Espectador*, 10 de nov. de 1991.

Además, Chile también ha entrado en la carrera armamentista, exportando productos con gran éxito en el mercado de la guerra, entre ellos las famosas “bombas racimo” que producen verdaderas maravillas mortíferas al dejar sin vida, en segundos, a todos los hombres, animales y plantas que estén a su alcance.

Pero, volviendo al problema de nuestra integración internacional, Luis Jorge Garay, al ser interrogado sobre nuestras posibilidades con relación a la Unión Europea y con los Estados Unidos, declara que con la Unión Europea hay una situación momentánea de favorabilidad para algunos de nuestros productos, pero que no pasa de ser “coyuntural”, por apoyo en la lucha contra el narcotráfico.

Y en cuanto a los Estados Unidos, dice que todo depende de la evolución de la economía norteamericana, y de las políticas que adopte el congreso de esa nación, al respecto³.

En síntesis: muy poco o nada. Porque la Unión Europea, se preocupará, lógicamente, por dar preferencias a los

³ GARAY, Luis Jorge, entrevista citada.

productos de sus ex colonias, pero, principalmente, por dar asistencia a los países de la Europa ex comunista y de la ex Unión Soviética, donde comienza a creársele, si no un infierno por ahora, sí una situación bastante conflictiva a Europa Occidental.

Con relación a Portugal y España, ya que ahora se habla de la Comunidad Iberoamericana y se espera que como forman parte de la Unión Europea, puedan ayudarnos a entrar en ella con nuestros productos, tenemos que decir que estos países, por sí solos no pueden ofrecer respuestas positivas a todas las economías de hispano y lusoamérica. Portugal, por su limitado tamaño y por su atraso económico; España, también hasta cierto punto, por su tamaño, pero además, por su situación interna que ha llevado a índices de desempleo tan altos que no fueron conocidos ni en la época franquista. Y eso, en buena medida, debido a su reconversión industrial y a su apertura económica.

En cuanto hace referencia a los Estados Unidos, la crisis interna de su economía, las dificultades que han tenido los norteamericanos para poner a funcionar el Tratado de Integración con México, y, últimamente los llamados de

atención que les han hecho varios sectores a los presidentes para que atiendan más al sector interno en crisis que a la política internacional, llevarán, a no dudarlo, tanto a los presidentes como al Congreso norteamericano, a ser más duros en sus políticas proteccionistas, cosa que ya está ocurriendo y que está afectando nuestra exportación de textiles, como lo denunció el ex presidente Gaviria.

En la crisis norteamericana hay que tener en cuenta, por un lado, su gran *déficit* comercial ocasionado por la competencia en mejores condiciones de la Unión Europea y del Japón, cuyos índices de productividad son más altos que en los Estados Unidos (2-1 con la Unión Europea y 3-1 con Japón) y, por otro, la reducción de su propio mercado interno, resultado de la alta tasa de concentración del ingreso, como puede verse en el hecho de que los 2.5 millones de norteamericanos más ricos, ganan tanto como ¡los cien millones de norteamericanos más pobres!

La situación descrita anteriormente es la que hacía exclamar al fallecido economista y columnista, Jorge Child: “Por eso es por lo que la apertura no es una solución con iguales beneficios para todos los ajustes del crecimiento económico,

sino una estrategia para que las multinacionales que hoy están tomándose el espacio económico de las economías nacionales salgan del receso”⁴. Esto ocurre cuando, según especialistas en la materia, América Latina está atravesando la peor crisis del siglo.

Según José Bouza, presidente de la Federación Latinoamericana de Bancos (FELABAN), se han perdido más de diez años de desarrollo económico. En 1990, las exportaciones aumentaron en 57% con relación a 1980, pero el incremento de divisas fue solamente de un 24%, lo que nos muestra “una caída de los precios promedios de los productos de exportación”, y ello debido, según el mismo Bouza a “la contracción del sector externo, elemento determinante en el crecimiento de las economías abiertas”⁵.

En este contexto, es apenas lógico que haya “desgano empresarial” entre nuestros empresarios, como lo declaró el ex ministro de desarrollo, Jorge Ospina Sardi⁶, pues, dado que la apertura económica tiene como objetivo para nuestra industria, básicamente los mercados externos, ellos, los

⁴ CHILD, Jorge, “Receso U.S.A. y apertura” en *El Espectador*, 17 de nov. de 1991.

⁵ Federación Latinoamericana de Bancos, “Latinoamérica vive su peor crisis”, en *El Tiempo*, 19 de nov. de 1991, p. 8^a.

⁶ OSPINA Sardi, Jorge, “Empresarios: a ponerse las pilas”, entrevista con *El Tiempo*, 17 de nov. de 1991.

empresarios, saben que llevar a cabo la reconversión industrial es un gran riesgo, puesto que la competencia en el mercado internacional va a ser sumamente difícil ya que allí tendrán que vérselas con las grandes empresas monopolistas u oligopolistas que tiene un margen muy grande de disposición de capital y una tecnología más moderna.

Por otro lado, el problema no consiste solamente en integrarnos a unos mercados externos para ampliar nuestra economía y lograr un crecimiento de ella, si los beneficios que, supuestamente, llegan a lograrse, no son compartidos por todos los habitantes del país. Porque, de lo contrario, se presenta un desfase entre el país y sus habitantes, y el resultado es que "el país" puede encontrarse bien mientras que sus habitantes se encuentran mal.

Es más: en América Latina, dada la incapacidad del Estado para redistribuir el ingreso, lo que se ha observado es que, a medida que mejora la economía nacional, la mayoría de la gente se vuelve cada vez más pobre. Esto tendería a agravarse en una situación de apertura económica ya que, para que la competencia sea eficaz, hay necesidad de

aumentar la productividad y ello se logra solamente concentrando la inversión, más en capital constante (tecnología, infraestructura) que en capital variable (mano de obra), lo cual nos llevará a una desocupación cada vez mayor, con sus correspondientes conflictos sociales.

En el plano interno, la descentralización política y administrativa, favorecida por la nueva Constitución, nos llevará a la creación de regiones, con sus congresos regionales. Ya tenemos gobernadores y alcaldes autónomos. Y en el campo educativo, maestros nombrados por los municipios, y currículos regionales y locales autorizados por el Ministerio de Educación Nacional.

Ello puede llevarnos pronto a que tengamos una cultura nacional en vías de desaparición, y unas “culturas” regionales, departamentales y municipales en proceso de crecimiento.

Olvidar el pasado, puede ser muy grave, y parece que nosotros estamos olvidando nuestra propia historia: la dificultad que tuvimos para crear un Estado nacional, en lo

cual jugaron importante papel negativo, los caudillismos y regionalismos.

No queremos ver tampoco las desastrosas experiencias de lo que está aconteciendo en la ex Unión Soviética, en Rusia y en Yugoslavia, con las luchas desintegradoras de regiones y etnias.

Nadie está en contra del reconocimiento de la pluralidad cultural, pero ésta solamente puede aceptarse cuando se dan formas de vida esencialmente diferentes y con una vitalidad histórica refrendada por la experiencia, como es el caso de nuestros indígenas. Pero cuando se quieren tomar por culturas autónomas los regionalismos o localismos, lo que hacemos es fomentar el quiebre de aquellos valores que han estado en la base de una identidad nacional, por mínima que sea y contribuir a la disolución del Estado-nación, cuando todavía no hemos acabado de construirlo, después de casi 200 años de intentarlo.

El riesgo que corremos es que, pronto, cada región y cada localidad tengan su congreso y su himno regional o local, convertidos en himnos étnicos y pronto en himnos

nacionales, cuando se haga el primer plebiscito en favor de la independencia.

Lo anterior no implica que estemos de acuerdo con una centralización absoluta que es, en buena medida, responsable del abandono de grandes sectores del país.

Se hace necesario descentralizar algunas funciones, pero no que pongan en peligro la existencia del Estado-nación.

Para salvar este problema, creemos que hay una alternativa: la centralización político-administrativa con participación nacional y democrática o “centralización participativa”, la cual no solamente contaría con el Congreso representativo y controlador del gasto público sino también con un Departamento de Planeación Nacional con representación de las diversas regiones del país, para que las inversiones nacionales sean distribuidas equitativamente.

Creemos que un gobierno central controlado democráticamente con participación regional directa, es más ventajoso, pues tiene un margen mayor de acción y una

visión más “totalizadora” e “integradora” en función de los intereses de todo el país.

El proyecto de promover y ampliar el control de los ciudadanos sobre el poder, descentralizando, no pasa de ser una ilusión ya que los caciques regionales y locales se han fortalecido y se fortalecerán más, ahora que están, prácticamente, fuera del alcance de la autoridad central. Hay alcaldes elegidos popularmente, que han tenido grandes problemas por las amenazas de los grupos de presión locales, cuyos intereses se sentían amenazados por el intento de hacer un gobierno democrático, popular.

Por otro lado, la participación democrática que se propugna a través del control de los ciudadanos sobre “lo político”, se ve bloqueada por la práctica política que ha llevado a la desaparición de los partidos políticos como cuerpos orgánicos, con programas y objetivos, para dar paso a las políticas personalistas o grupistas más pragmáticas, que desembocan en una abstención o marginamiento de los ciudadanos, sobre todo lo que tiene que ver con la cosa pública, por pura incredulidad.

Si antes teníamos dos partidos (liberal y conservador) y después tuvimos uno (Frente Nacional), ahora no tenemos ninguno. La democracia sin oposición, no funciona. Se atrofia. Y hablamos de una oposición que se constituya en alternativa de poder con programas propios y diferentes a los del gobierno de turno; no hablamos de una oposición domesticada; es decir, de aquella que pretende criticar, mientras disfruta de las prebendas de los cargos oficiales.

Dentro de este contexto, y en el campo educativo, puede ocurrir que los maestros, nombrados ahora por los municipios, tengan que ser fieles en su conducta a los grupos de presión locales, con lo cual la politiquería puede entrar aún más en la educación.

Además, los maestros van a encontrarse en su práctica docente con una realidad bien antagónica: por un lado con una economía abierta, en la cual el *mercado* va a regular absolutamente *todo*, donde habrá una lucha de todos contra todos, con una práctica individualista y con una ética que, si existe, estará demasiado oculta, como una de las condiciones para poder triunfar en las nuevas relaciones de competencia y, por otro lado, con un Estado que les pide (a

los maestros), que en su práctica pedagógica promuevan valores de solidaridad y de democracia, que procuren fomentar en los alumnos el desarrollo de una ética social para formar un hombre nuevo y así mejorar el mundo en que vivimos.

El resultado de éste desfase es que el maestro resultará formando alumnos para una sociedad que no existe y que él, el alumno, no va a poder construir, y si lo intenta es porque deliberadamente tiene como objetivo de su vida el fracaso; porque si realmente es pragmático, al entrar en su vida económica, tendrá que aceptar las reglas de juego de la competencia (con sus antivalores) y dejar la ética aprendida en la escuela o en la universidad, en el cajón de los recuerdos inofensivos.

Todo lo anterior se agrava si vemos que cada día el maestro tiene que competir con el proceso de desnacionalización de la cultura, que se da, no solamente, por la agresión cultural externa a través de lo que podemos llamar la “cultura satélite”, sino y sobre todo, a través de los medios de comunicación “nacionales”, en los cuales se promueven

modos de vida ajenos a nuestra cultura, y se presenta la violencia como el modo normal del vivir humano.

El Congreso, como representante de la comunidad nacional, debe pensar en estas cosas, al reglamentar la nueva constitución.

El gobierno, por su parte, al hacer la apertura económica, debe pensar que el Estado tiene que asumir los costos sociales si no queremos una mayor marginalidad de la población y, por lo mismo, situaciones explosivas que en las condiciones históricas de violencia en que hemos vivido y continuamos viviendo, serían catastróficas para el país.

Y en cuanto a la privatización de la economía y de la cultura, con el argumento de que el Estado es ineficiente, hay que tener mucho cuidado.

El Estado tiene unas funciones específicas y una razón de ser en cualquier sociedad: coordinarla, ponerla a funcionar, integrar a todos los sectores sociales. Pues bien, no podemos hacer que el Estado cumpla esas funciones, si lo

que hacemos, justamente, es destruirlo, reduciéndolo a su mínima expresión.

Privatizar por privatizar, no conduce a ninguna buena parte, menos con el traído argumento de que hay que hacerlo, porque “es la tendencia mundial”, entendiendo ese enunciado como si la historia dependiera de algo externo, de algo que está más allá de las fuerzas de los hombres y a lo cual éstos tienen que someterse.

¡No hay tal! Los hombres hacen la historia y lo que se quiere lograr, al decir que “es la tendencia mundial”, es colocarnos la camisa de fuerza de un nuevo destino inalterable, uno más en la larga cadena de destinos por medio de los cuales se nos ha negado el derecho a construir nuestra historia; es decir, el derecho a ser nosotros mismos.

Nadie se opone a que se hagan reestructuraciones profundas en el sector público para eliminar de él la corrupción y la ineficiencia; pero el hecho de reconocer que ellas existen no implica que la empresa privada sea el nuevo modelo immaculado que haga funcionar la sociedad,

entendida ésta como dadora de bienes y servicios a la totalidad de sus miembros.

En la empresa privada también encontramos corrupción e ineficiencia. Y es más; muchas veces, no siempre, es la empresa privada la que fomenta la ineficiencia y la corrupción en las esferas del Estado.

Para no ir tan lejos: el proceso de burocratización del Estado y el surgimiento del llamado “clientelismo”, están íntimamente asociados al hecho de que la empresa privada fue incapaz de sacar adelante el proceso de desarrollo en América Latina, como sí lo logró la empresa privada en los países hoy industrializados. Pero ello no implica que, en las actuales condiciones, podamos repetir la experiencia de esos países dado que la historia no es lineal y que nuestro proceso de subdesarrollo ha estado íntimamente vinculado al proceso de desarrollo de los países hoy desarrollados.

Desde luego que podemos preguntarnos por qué la empresa privada no logró el desarrollo en América Latina y podemos contestar que por varias razones: por su gran dependencia tecnológica de las economías desarrolladas,

por la protección arancelaria y por los subsidios que le brindó el Estado, pero, ante todo, por la incapacidad para llevar a cabo las reformas estructurales que llevaran a la creación de un mercado nacional interno, y por lo tanto, seguro, para continuar adelante con el proceso de industrialización. Fue en ese contexto, donde el Estado tuvo que convertirse en una fábrica de empleos y donde el “clientelismo” fue, a veces, la única manera de que algunos individuos o grupos pudieran recibir algo que el Estado, como coordinador general de la sociedad, o la empresa privada, como sustento del orden social, les negaban.

Es posible que estas observaciones suenen fuerte y tengan un sabor amargo, pero es un imperativo de la conciencia el que nos ha llevado a hacerlas, pues, como dice Néstor García Canclini, “el intelectual, en un sentido antropológico, es alguien que tiene que ver la propia sociedad como algo que podría ser de otra manera. Tiene la responsabilidad de ser la mala conciencia, el aguafiestas y el irreverente, ante las convenciones que las sociedades constantemente tienden a sacralizar”⁷

⁷ GARCIA Canclini, Néstor, “Cruces, arraigos y deslindes”, *Magazín Dominical El Espectador*, 17 de nov. de 1991, p. 6.